
ELLA SE PARECÍA A SYLVIA PLATH Y OTROS



Luis Manuel Pérez Boitel

Luis Manuel Pérez Boitel boitel@cenit.cult.cu
Poeta cubano.

Gramma

Universidad del Salvador, Argentina

ISSN: 1850-0153

ISSN-e: 1850-0161

Periodicidad: Bidual

vol. 32, núm. 66, 2021

revista.gramma@usal.edu.ar

ELLA SE PARECÍA A SYLVIA PLATH

a RMR, desde la calle Ánimas

debí saltar sobre el muro incontinente como un raro alpinista, desde el jardín alguien me convida al otro extremo, a la negación misma, yo miraba las lucecitas del semáforo y no parecía que estaba en la ciudad, escribía cierto poema detrás de una pequeña foto, una extraña reliquia para quien no supo más de mí, a la que una vez regalé todos mis libros. ella se parecía a Sylvia Plath, tenía un gesto de muchacha con paraguas y salvoconducto sentada en el café, un café distante de lo usual, como un café de París (¿en lo aparente de un café, en su bruma?). el mito de sus versos me sobrepuso a la tarde, cansado de indagar por la atmósfera dual, todos los caminos conducen a la calle Ánimas, ese era el exilio permanente, los días permanentes como cábala, su fuga. no entiendo la diferencia entre fuga y exilio (¿la fuga es un modo de exilio?). una vez pregunté a un poeta desconocido qué sabía de poesía cubana, y solo pronunció un nombre. en ese trayecto hice la definición de aquel librito que adquirí de un anciano que se buscaba la vida con Verlaine, Lorca, María Tsvietaieva. el edificio del fondo recuerdo era azul, como la lucecita del semáforo. mientras camino me adentro al libro para segmentarlo, advertir sus hedónicas trampas, por aquel entonces no conocía a la muchacha que se parecía a Sylvia Plath. debí saltar sobre el muro como un paseante, como si fuera un elevador que se detiene y después cae de bruces. cerrando la tarde (¿llego hasta el último poema?), alucino aquel cafetín donde intercambié con la muchacha que vivía en la calle Ánimas, ella tenía un gato siamés, y unos versos ocultos de lo matinal, de la isla que se distiende por su mano y su corazón. hablé algo de poesía y por unos minutos olvidé al que había caído de bruces, al que fue una vez el sueño que justificó lo inequívoco, al que fue la noticia por estar enfermo y evadir el viaje, de ser el viaje mismo en medio de la autopista. de un lado y del otro el viandante oficia la primera fuga. así nos despedimos con la promesa de vernos RMR y yo en otro cafetín, el abrazo de vernos ante esta ciudad, a esta misma hora, como si fuera nuestro único testigo. miraba yo el cambio de las lucecitas en el semáforo, regresé al ciudadano refugio pero nunca por la calle Ánimas, apenas por el baobab de los penitentes, mirando de soslayo el jardín. ella se parecía a Sylvia Plath.

mientras tomaba un café, en ese raro trayecto que es estar donde mismo pregunté a unos adolescentes:
saben ustedes algo
de
poesía
cubana?

**CANCIONCILLA QUE HA VUELTO A SU LUGAR, QUE SE HA QUEDADO SOLA Y DE LA QUE NADIE VA A VOLVER A
DECIR NI UNA PALABRA**

a Ignacio Villa, *in memoriam*

entre las autopistas y el vacío
un hombre se despide. a contraluz, la ciudad
vuelve y es también una esquina de la noche, algo de soledad,
la turba que se dispone entre nosotros, nos ilumina y nos deja frente a las mismas canciones que una vez
tocaste para mí, como en una de esas victrolas
del café de Línea, rogando por encontrar un alma como la mía, como si estuviera Bola de Nieve frente a
nosotros, aunque no hubiera un alma igual como la mía.

y yo que hablaba del último amor, como si fuera una puerta, una luz de fondo de La Habana, de nada
valió
tener un alma igual como la mía, y preferí tirar otra moneda
al fondo de la victrola para repetir la palabra *felicidad* en tu boca. Y recordar la felicidad; un minuto,
aunque sea un minuto.

entre las autopistas y el vacío, querido Bola
de Nieve, ya nada hay que esperar. el caminante continúa. el que se llevó la canción más perfecta, el
amor más perfecto. el día que no llega, porque la ciudad, querido Ignacio Villa, no es tan real ni está
entre nosotros.

es mejor decir, es mejor escucharte otra vez:
—*Be carefull it's my heart.*

HABITACIÓN QUE HA QUEDADO VACÍA

ellos son fugitivos. han salido a la noche dispuestos al entreacto, la trampa de la noche que se diluye entre
un nombre y una casa. nadie quiere la casa, ni ser el comensal. uno pide un cigarro y hace la seña del
viaje, otro aparenta una mujer con lentejuelas. sueños que nunca realizó pero entran a la casa, al zigurat.
la noche no existe. ellos son fugitivos. gente que escapa una y otra vez de la sobredosis del sueño, el ma-
rasmus del sueño. sin conocer apenas la edad del semejante, al aroma que tienen frente a si lo creen suyo.
muchas veces el portero los guía hasta el lugar preciso, como si fueran simples animalejos que escapan y
son conducidos como en el ruego de Sísifo a caer nuevamente en el peldaño. alguien hace cuentos y se
bendice. en el aposento ellos son fugitivos. en la oscuridad ellos son fugitivos. pero nadie reconoce por
qué se miran perplejos, por qué se abrazan si no es invierno. en el pequeño cuarto hay unas flores (algo
así como una naturaleza muerta, un rosetón con luces que cambian) todo como en una casa familiar en
medio de la ciudad, allí otros esperan impacientes ante el portero de la vendimia. ante el portero que va
hasta la habitación por que ha transcurrido casi una hora y da dos golpes en la puerta para que todo acabe
en su interior y sea una vez más. ellos son fugitivos, contemplan un cuadro con caballos a través de un es-
pejo al que no se puede llegar. se intercambian sus nombres y así se despiden. uno va después en un coche
de lujo, sin mirar atrás, el otro simplemente se pierde a contraluz, se hace una sombra. en la habitación

que ha quedado vacía el portero entra. ellos son fugitivos. ellos son fugitivos. uno pide un cigarro y hace la seña del viaje. otro aparenta una mujer con lentejuelas, sueños que nunca realizó, pero entran a la casa, al zigurat, a la noche.

UNO. DOS. TRES

en los adoquines, el cuerpo escapa. empequeñecido el hombre lleva una botella de ron y una culpa (¿extrañas pertenencias?). difícil ha sido el dibujo que impone la ciudadela. se cuentan unos pasos. uno. dos. tres. reía desde el automóvil, viendo por el espejo del retrovisor, imaginando un ritmo en esa secuencia que hace el automóvil con las cosas que se dejan atrás. el big-bang por la rutina que deja de ser de uno, un mundo suprasensorial por encima del mundo de las ideas la puerta de un mercado un cuerpo que ha caído, un cuerpo réprobo, indefinido por la contienda que resulta el sentido inusual de contemporaneidad del cuerpo. está allí, cerca de unas barandillas, lleva un libro de Kafka, pudiera incluso ser Alberto, pero por su mirada fija sería imposible nombrar con esos disfraces que hace el hombre cuando concluye toda ceremonia y pide todo el dinero del sitio, toda la gloria de un reino. la multitud se disipa. uno. dos. tres. desde el automóvil, por el límite del espejo del retrovisor, todo marcha y todo empieza a empequeñecerse a partir de un cuerpo, un hombre que está allí ante la mirada indiferente y logra escapar de una vez. la familia es también algo distante, nadie hace preguntas y uno queda sin reconocer al que ha caído, al que está frente al mercado, casi es un punto desde esta secuencia, un hombre es un punto, una diferenciación de cosas que resultan a la vez una complicidad de tiempo, de rostros que no logran aparentar la naturaleza misma que lo encierra, pero el hombrecito está allí frente al mercado con una camisa que se te va borrando de la mente, de toda posible circunstancia, del espejo del retrovisor, del auto mismo. uno. dos. tres. hubiera llegado yo hasta allí para decirle: —Alberto, apenas comienza el día vendimiador, levántate ya, juega el turno. pero el auto se alejaba y la ciudad se hace un ser mínimo que está ahora frente a uno, que se hace indiferente en ese otro mundo sensorial, como si fuera una canción baladí, donde uno logra comprender que está ahora en ese instante, siendo el instante mismo, y el cuerpo ya es un pasado inmediato, una rara visión de pasado inmediato. uno. dos. tres. el auto escapa sin contemplación. impone un ritmo y por el espejo del retrovisor disimulo no ver el cuerpo del extraño, el big-bang sobre la cabeza del que lleva una botella de ron y un libro de Kafka. uno. dos. tres. no hay nada mejor que sentirse uno parte del que queda. uno. dos. tres. no hay nada mejor que ser la víctima, la otra parte de la ciudad respira. uno. dos. tres. ante los fusileros y el espejo del retrovisor.
apunten.
listo. fuego.

POEMAS LIMINARES

1.

en el despavorido territorio la gran alianza se enseñoorea sobre el cuerpo que ha dejado de pertenecernos. amuleto para la buena suerte tras mis pasos, fantástico lugar que se distorsiona en el poema, como daguerrotipo del poema, bajo la grava, en el submundo del poema mismo, animal malherido, gélido, doméstico diría para ser más contemporáneo, que nada sabe de mí, que se alimenta de mí como madre nutricia, allí donde transcurre la sierpe un hombre ocupa el turno y el despavorido terreno queda en la palma de la mano, entre sahumeros, luces arcanas, países que solo existen bajo las curvas finísimas del invierno.

2.

transida por la ensoñación, fenece el ave sobre un árbol. diluvio que la mano esconde de un ritual, frente a lo impropio, tártaro cielo, divertimento de su sino, cóncava luz que agujerea el paisaje, ya inerte, ya sobrehumano. íntima ceremonia que Ofelia dejaba con el dibujo de ayer. tenía un raro presagio, una especie de airecillo sempiterno, allá donde la noche pierde todo soporte, el albur, su equilibrio, el equilibrio de

los cuerpos, el equilibrio de los cuerpos que pasan de largo, el equilibrio. transida por la ensoñación la muchacha en el parque escribe estos poemas liminares, ciega la madre dice vivir en un país y se juega el todo. allá, bajo el álamo del innombrable noviembre Ofelia ve cómo el ave se adentra a un reino y después muere.

3.

en el diluvio de la mano escapan los países nunca antes visto. tía Margarita tiene unos mapas de los siglos pasados, por aquí atravesaron los vendedores de seda, los escanciadores, los recolectores de lapislázuli en una antigua travesía. piedras de oro, aguamarinas y otros artificios dejaban a su paso en las aldeas que como santuarios fueron renegadas al olvido, a la dicotomía que impone el olvido. olvido de los hombres. olvido de la noche que juega un papel tangencial, en el olvido que hacemos de nosotros mismos. ahora que estoy en el Zócalo he visto una catedral edificada bajo otra, especie de poderío contra el tiempo, mala jugada del hombre de ayer. allí un templo azteca me conminaba al límite, a la heredad de los límites, en los más cercenados mapas, en la rutina de otros mapas, esas franjas fueron la demostración de un tiempo inerte, de raras deudas, paganas deudas. dicen que debajo del Zócalo se esconde toda una ciudad precolumbina, una ciudad que se edifica sobre otra como Torre de Babel. tía Margarita tenía esos sortilegios, en aquellos países que semejaban ocultarse de todo, mientras la calle insurgente me obligó a detenerme en la Barranca del Muerto, a unas millas, me quedé imaginando estas dos ciudades que dejé atrás para arribar a una especie de teoría sobre la superposición de las cosas. extraños reinos donde uno va repoblando todo lo que quedó en el ayer, en el más reciente ayer, ahora mismo, como una especie de poderío
contra
el tiempo.

4.

al final de la bruma, donde se ahonda la noche con los pasos de un desconocido, he visto el rostro de la muerte muy cerca, decía llamarse Stefany, Gabriel, Armando, entre la podredumbre y estos días de cábala. no miré atrás pero seguía en el vendimiador refugio aterido a liliáceas sombras, como si fuera un animal que respira y uno siente las sajaduras de un silencio atroz, la sangre que escapa hasta llevarte el aliento, los estertores, el peso de un cuerpo que te muerde la carne y arranca tu pulmón, una especie de broma para que aprendas a morir de una vez. así he visto en el encalabozado las palabras perfectas, llamarse Stefany, Gabriel, Armando e imaginarse que uno va por el jardín de la infancia, encumbra de un salto la casa vacía, se va despidiendo de todo, en la nívea sombra, órfica sombra, del que ha visto la muerte, de soslayo, a contraluz, y se cree feliz por el duro acto. su naturaleza dual. el que está pendiente de la cuerda se persigna. han tocado en las rejas por donde escapa Stefany, Gabriel, Armando. así el que llegó después limpia sus manos en un muro, el que ha visto la muerte tan cerca entrega su pulmón
y
sigue.